

La magia del momento

Primer premio en el XXI certamen literario "Helénides de Salamina". 2013.

Parecía un sábado como todos, pero peor. Para empezar, a eso de las once, me despertó el sonido de la tele en el comedor. Tenía el típico dolor de cabeza de todos los sábados, después del botellón de la noche anterior, pero esta vez parecía más intenso que de costumbre, seguro que nos habían dado garrafón. "No hay manera de dormir en esta puta casa", pensé, maldiciendo mentalmente a Mister Obi, que era sin lugar a dudas el responsable del volumen del televisor, así que me levanté y salí al pasillo, meándome, para advertir en seguida que el baño estaba ocupado. Me cagué en la puta y apareció mi vieja, asomándose en la puerta de la cocina, con el pelo desordenado, embutida en esa horterada de quimono que se había comprado en el "Todo a un euro". Recuerdo que me quedé cortado, porque estaba en gayumbos, y tenía un empalme del copón, pero mi vieja no pareció fijarse. "Está Enrique", dijo, como desafiante, como si esperara cualquier expresión de contrariedad por mi parte para iniciar una bronca. "El que faltaba" pensé, mientras remitía mi erección, "el Senador".

Enrique es el amante de mi madre, pero yo le llamo el Senador, porque es calvo, con el pelo canoso alrededor de las orejas, y con ese albornoz blanco que se pone para andar por casa tiene aspecto de senador romano. Maldije entre dientes al Senador, aguantándome las ganas de mear, y entré en la cocina.

- No hay leche - informé.

- Pues la compras - me dijo mi vieja de malas maneras, cerrando de un portazo la nevera.

La miré con tristeza, y pensé que esa noche no habían follado.

En ese momento, sonó la cisterna, y yo me precipité velozmente hacia el pasillo, tropezando por el camino con el Senador, que murmuró una queja. Me encerré en el cuarto de baño, donde al fin meé con hondo placer, y después, sentándome cómodamente en la taza, me encendí un cigarro. Luego me fui

directamente al comedor, no me apetecía pasar por la cocina para estar con mi vieja y el Senador, me dan mazo de asco cuando se ponen en plan baboso, pero cuando están enfadados es casi peor. Allí, ocupando ya su lugar de honor ante la televisión, estaba Mister Obi.

- ¡Que me has despertado, capullo! - le dije, propinándole una cariñosa colleja.

Se volvió hacia mí, como si la cosa no fuera con él, y siguió a lo suyo. ¡Cómo pasaba de todo! Me senté junto a Mister Obi y así nos tiramos diez minutos, mirando como dos perfectos gilipollas unos dibujos animados de la televisión. Estaba pensando si hacer una excursión hasta Coslada, para apañar una postura con el negro Magadú, o quedarme en el barrio, cuando apareció mi madre, esta vez más suave, con cara de venir a pedir algo. “Anda, nene, ¿por qué no te bajas a dar una vuelta y de paso te llevas al abuelo, para que le dé el aire?” Extendí la mano, sin apartar la mirada de la televisión, y me dio veinte euros.

- Vamos a maquearnos un poco, Mister Obi - le dije, apagando la tele con el mando a distancia.

La idea no pareció gustarle demasiado, pero le miré con severidad, y me acompañó hasta el baño sin oponer resistencia. El tema de la higiene no iba con Mister Obi, para qué nos vamos a engañar, la ducha le daba alergia, y no digamos nada cuando tenía que afeitarse. Yo le enjabonaba la cara y él no paraba quieto, y yo, “Tranquilo, Mister Obi, que acabamos enseguida”, me daba miedo darle un tajo con la maquinilla de afeitar, pero al fin, cuando le quité la espuma de la cara, y le obligué a mirarse en el espejo, examinó su propia imagen, complacido.

- ¿Qué, Mister Obi? ¿A que ahora estás más guapo? -. Siempre me gustó que tuviera buen aspecto cuando íbamos de paseo.

Luego, me dirigí a mi habitación, donde me puse el Levis y la camiseta de Bob Marley, y trepé sobre la cama, para bajar de la estantería el bote de Cola-Cao. Allí, entre las canicas que guardo de cuando era enano, la medalla de judo y la foto de Avril Lavigne, aparecieron mis últimos diez euros, flamantes. Con los veinte que me había dado mi vieja ya eran treinta, lo suficiente para hacer una visita al negro Magadú. Todavía, antes de salir, escuchamos la voz de la vieja, que gritaba desde la cocina “¡Y no se os ocurra venir hasta esta tarde!”.

“Voy a Coslada” le dije a Mister Obi mientras cruzábamos el parque hacia la parada del autobús. Se quedó unos segundos pensativo, como si procesara información, y finalmente afirmó con la cabeza. ¿Me entendía Mister Obi?, ¿era capaz de comprender mis palabras? Mi vieja y el Senador aseguraban que no. Según ellos, el alzheimer le había conducido a un estado de estupidez absoluta en el que ni sentía ni padecía, en el que seguía vivo, como un autómatas, mientras su corazón se empeñaba en seguir latiendo. Yo, sin embargo, estaba seguro de que me entendía, no como cualquier persona normal, desde luego, tampoco vamos a decir que Mister Obi estaba perfectamente, pero sí a su manera, desde su extraño mundo. Después de haber convivido con Mister Obi aquellos últimos tres años, casi desde el principio de su enfermedad, sabía que tan sólo bastaba con esforzarme un poco, estudiar la expresión de sus ojos, aprender a interpretar sus silencios. Otra cosa es que no quisiera entenderles a ellos. Pero a mí, por supuesto.

Nos sentamos en la parada del bus, y yo saqué la china que me quedaba. A Mister Obi no le importaba que fumara canutos, así que aproximé la llama del mechero al chocolate, y la piedra se deshizo entre mis dedos como si fuera plastelina. Hay pocas cosas que merezcan la pena en esta vida, pensé, mientras el humo se deslizaba a bocanadas hacia el interior de mis pulmones. Una es el primer canuto del día, el de por las mañanas, que es el que pega más. Otra, Avril Lavigne; no es que su música me mole mucho, pero con esa cara de ángel y ese cuerpo de guarra por mí puede hacer la música que quiera ¡Menudo nivel de piba! Desde que la ví en “Don’t tell me” no he dejado de descargarme ni uno solo de sus videoclips, estoy loco por ella. Y otra, el “Satisfy my soul” de Bob Marley.

Cerré los ojos y recosté la espalda contra el cristal de la marquesina, tarareando en mi interior la canción del viejo Bob, mientras sentía cómo el hachís seducía lentamente mi conciencia. A veces, con los canutos, me parecía que era capaz de interpretar mejor a Mister Obi, como si en ese estado se abrieran vías secretas, por las cuales pudiera descifrar más fácilmente sus silencios. Él también había cerrado los ojos, como hacía siempre cuando me esperaba en un banco del parque, y se dejaba acariciar por el sol, acomodado en una plácida pereza. “Este sol, este aire, esta mañana de sábado, no hay más, en esto se resume la existencia”, eso es lo que habría dicho Mister Obi si hubiera podido

hablar, estoy seguro, le entendí tan bien como si esas palabras hubieran salido de su boca, a veces se pone un poco filósofo Mister Obi, y tenía razón, era como si de repente se pudiera respirar el aire de otra época, cuando me gustaba jugar a las canicas, y aún más atrás, cuando mi padre vivía todavía, y me iba a buscar al colegio, y parecía que el mundo estaba en orden, y nada era capaz de estropear la magia del momento.

El autobús llegó poco después, como si nos arrebatara bruscamente de un sueño. Maté el canuto de una calada y ayudé a subir a Mister Obi, que estaba un poco torpe de las piernas. “¡Arriba, Mister Obi!” le animé, y una vez en el interior le conduje suavemente hacia un asiento junto a la ventanilla, le molaba mirar a la calle durante el trayecto. La gente nos lanzaba miradas insidiosas, no sé si por mi estatura, soy un poco canijo, o porque Mister Obi y yo debíamos resultarles una pareja extraña. “¿Qué miráis, gilipollas?”, me dieron ganas de decirles, “¿Es que os parece gracioso mi abuelo? ¿Por qué no os miráis el culo?” ¡Menudos imbéciles! Pero seguí el ejemplo de Mister Obi, que iba a lo suyo, atento a la ventanilla, y me concentré en el itinerario, no fuera a ser que así, con el subidón del porro, me confundiera de parada.

Nos bajamos en la plaza, ahora recuerdo que por las calles no había ni dios, como si la ciudad durmiera todavía la resaca del viernes. Empezamos a andar, y a cada tanto tenía que detenerme para esperar a Mister Obi, que se quedaba rezagado. Había acabado por acostumbrarme a su paso, pero a veces me olvidaba, y entonces Mister Obi se paraba, jadeante, suplicando un descanso. Aquel día parecía especialmente fatigado, hacía calor, tardamos una eternidad en llegar a la explanada que hay frente al bar donde solía encontrarme con el negro.

- Espérame aquí - le dije a Mister Obi en la puerta - Tardo cinco minutos - y entré, con la intención de acabar cuanto antes.

En el tugurio también había poca gente, recuerdo solamente al camarero, y a un tipo que jugaba en la máquina tragaperras, además del negro, que estaba sentado donde siempre, en la mesa que hay junto a la cristalera.

- Coño, ¿quién está aquí? - dijo, mirándome con su expresión burlona, cuando me planté ante su mesa - ¿Hoy también has venido con el viejo?

- Qué pasa, negro - respondí, y él me invitó a sentarme, pero yo rehusé, no me molaba una cala el negro Magadú, me sentía siempre vagamente inquieto en su presencia - ¿Tienes chocolate?

- Puede que sí y puede que no - contestó juguetón, mostrándome una hilera de dientes asombrosamente blancos en contraste con la oscuridad de su piel - ¿Cuánto quieres?

- Treinta euros - dije, disponiéndome ya a sacar los billetes.

Me detuvo, con un gesto de una de sus manos, que eran enormes.

- Entonces no tengo - dijo, con un tono que no admitía réplica.

- Vamos, negro - intenté rebatir - Otras veces me los has pasado.

- Otras veces, colega, tú lo has dicho - añadió, mirando hacia otro lado.

Sonó un teléfono móvil, y el negro se apresuró a rescatarlo del bolsillo de su chupa. Mientras hablaba, con la soltura de un charlatán profesional, miré impacientemente hacia la puerta, para observar a Mister Obi, que se enjugaba el sudor con un pañuelo viejo.

- ¿Todavía aquí? - me dijo el negro con sonrisa desdeñosa, cuando apagó el móvil.

- Venga, negro, joder, enróllate - y él negaba con la cabeza, divertido -. He venido hasta Coslada sólo para pillarte.

Se puso serio.

- Mira, chaval, mira qué polen - y extendió la mano bajo la mesa, haciendo aparecer, como si fuera un prestidigitador, una considerable piedra de hachís entre sus dedos - Me lo quitan de las manos - continuó -, se matan por conseguir un poco de esta maravilla, y tú me vienes con eso. Ciento cincuenta, doscientos euros, eso sí son negocios, y no tus miserables treinta euros.

La lógica de sus argumentos parecía aplastante, pero yo no me di por vencido, no había ido hasta allí para volver con las manos vacías, y el negro se reía, y meneaba la cabeza, como si lejos de molestarle le complaciera mi insistencia, hasta que al fin me detuvo, con gesto condescendiente.

- Sólo se me ocurre una posibilidad - dijo, clavando sobre mí sus ojos amarillentos -, llévame una cosa donde yo te diga, y cuando vuelvas te paso los treinta euros.

- ¿Dónde? - pregunté.

- Aquí cerca - respondió el negro -, andando son diez minutos.

Quedaba claro que era su última oferta. Afirmé con la cabeza, y me deslizó un paquete bajo la mesa, mirando a la calle disimuladamente. Era del tamaño de una cajetilla de tabaco, envuelto en papel de periódico, metido en una bolsa transparente.

- Debes llevarlo a un sitio que se llama el "Copenhague", susurró -. Di que vas de mi parte.

Iba a coger el paquete, pero antes de hacerlo sentí que la mano del negro me aferraba por el brazo, como una garra metálica.

- Tranquilo, colega – ordenó -, este paquete es muy caro, ¿no esperaras que te deje marchar así, sin una prueba de que vuelves?

No supe qué decir, aunque el miedo que le tenía al negro me parecía una prueba más que suficiente. Señaló entonces a Mister Obi, que me esperaba en la puerta, casi en un charco de sudor.

- Deja al idiota por aquí - propuso el negro Magadú -, será mi rehén.

- No es idiota - le respondí yo, mirándole con odio repentino.

- ¿Quieres el chocolate? - preguntó, mientras sus dedos estilizados tamborileaban sobre la mesa.

Estaba jugando conmigo el negro Magadú, ahora lo entiendo, no me quitaba los ojos de encima, como si disfrutara de la situación, y yo pensando por un lado en los treinta euros de hachís, si los pasaba en el instituto me podía sacar unas pelotas, suelo buscarme la vida con esos trapicheos, y por otro, en que no me apetecía dejar a Mister Obi. Y mientras, el negro esperaba el resultado de mis cavilaciones, con la expresión despreocupada del que sabe que pase lo que pase siempre gana, y en un momento dado me rayé, como si la chulería del negro me resultara insoportable.

- Muy bien - dije de repente -, dame eso.

El negro Magadú sonrió, como celebrando mi decisión, y me entregó el paquete. Yo conduje a Mister Obi hacia el interior del bar, y le senté junto a una mesa. Luego le miré directamente a los ojos, y mantuve la mirada, como siempre que quiero asegurarme que comprende algo. "Estoy cansado, llévame de una puta vez a casa" ¿Era eso lo que me estaba diciendo Mister Obi?

- Tienes que esperarme aquí, sin moverte - dije yo -, sólo tardo media hora.

Dijera lo que dijera, era difícil convencer a Mister Obi, que estaba sofocado de calor, y deseaba volver a casa, así que me despedí con un abrazo, prometiéndole que volvería cuanto antes, y me acerqué a la puerta. El negro me explicó más o menos donde estaba el “Copenhague”.

No sabía lo que había en el paquete, aunque, conociendo al negro, no resultaba difícil imaginarlo. Me perdí un par de veces, tuve que preguntar, pero al fin encontré la calle, y me detuve ante una casa de dos pisos, en cuya fachada había un cartel en el que estaba escrito, con grandes letras rojas, “Club Copenhague”. Entré sin llamar, la puerta estaba abierta. El local parecía vacío, con esa leve sensación de irrealidad que tienen los garitos nocturnos durante el día. Al fondo de la barra, sin embargo, envuelta en la penumbra, una mujer, a la que en un principio no había visto, me observaba sin interés, mientras expulsaba el humo de un cigarrillo. Era difícil precisar su edad, según me acercaba a ella pensé que era mucho mayor, casi una vieja, pero quizá todavía fuera joven, su rostro estaba sepultado por una gruesa capa de maquillaje.

- Vengo de parte del negro Magadú -, aclaré. Ella extendió la mano, sin mediar palabra.

En ese instante se abrió la puerta que había quedado entornada, y entraron dos chicas en el local. Cuando estuvieron más cerca, me fijé en una de ellas, que saludó a la mujer, con acento extranjero, y pasó de largo. Caminaba con cierta indolencia, como vencida por el peso del bolso que colgaba de su hombro. Una minúscula falda de cuero exhibía sus muslos, enfundados en unas medias de rejilla. La miré alejarse, como hipnotizado, pero antes de desaparecer se volvió de repente, como si hubiera sentido la intensidad de mi deseo, y yo confirmé, mientras el corazón me latía a toda prisa, lo mucho que se parecía a Avril Lavigne.

La mujer seguía en la misma posición, con la palma de la mano extendida hacia mí, apremiante. Me recuperé de mi sorpresa y la ofrecí el paquete. Ella lo escondió con celeridad, detrás de la barra y me dirigió un gesto interrogante, que denunciaba lo absurdo de mi presencia allí, una vez cumplida la misión que me habían encomendado.

- Esa chica... - balbuceé, señalando a la escalera por la que ella había subido.

- ¿Te gusta? - preguntó la mujer.

Me apresuré a afirmar con la cabeza.

- Media hora, treinta euros – dijo.

Por toda respuesta deposité los billetes sobre la barra.

“¡Jenifer!” gritó la mujer, hacia la puerta por la que las chicas habían desaparecido. Recuerdo haber pensado que aquel no podía ser su verdadero nombre. Ella acudió enseguida, la misma larga melena rubia, los afilados pómulos de Avril Lavigne. La mujer me señaló, sin molestarse en disimular una sonrisa de sarcasmo, y Avril asintió con naturalidad, y me invitó a acompañarla. Cuando cerró tras de sí la puerta de una habitación, y nos miramos, dudé si había sido buena idea. Era poco mayor que yo, de eso podía estar seguro, sus ojos tenían una expresión de escéptica tristeza. Se despojó inmediatamente de la breve camiseta, y al observar que yo no hacía nada, me cogió de la mano, y la condujo resueltamente hacia sus tetas. Eran pequeñas y pecosas, y comencé a animarme, al sentir cómo se espabilaban sus pezones. “Es la primera vez” le dije, todo cortado, cuando se tendió en la cama y se quitó el tanga, con la misma desapegada naturalidad con la que hacía todo. No me entendió, a saber de donde era, y casi me alegré, no se me ocurría un escenario más cutre donde desvirgarme, pero ella no se dejó desanimar por mi torpeza, y antes de que pudiera darme cuenta me había bajado los gayumbos, y me ponía a cien, recorriendo todo mi cuerpo con su lengua. Después me puso el condón, y se sentó sobre mí, y yo cerré los ojos, y todo el rato, mientras lo hacíamos, y sentía sobre mi pecho las sudorosas palmas de sus manos, y el rítmico vaivén de sus caderas, pensaba que me estaba tirando a Avril Lavigne.

En cuanto me corrí, creo que lo hice demasiado pronto, no sé, supongo que me falta práctica, la chavala se detuvo, y se dejó caer sobre la cama, como un aparato eléctrico que hubiera sido desenchufado de repente. Yo estaba eufórico y triste a la vez, quería gritar de alegría y golpear la puerta. Busqué mi cajetilla en el bolsillo del pantalón y la ofrecí un cigarro. Negó con la cabeza, con un movimiento imperceptible, instalada de repente en una profunda indiferencia, y me dio la espalda, para vestirse con rapidez. Antes de que saliera de la habitación la llamé, y se volvió. Iba a decir que me había encantado conocerla, que nunca la olvidaría, que volveríamos a vernos, pero me arrepentí, y al final no dije nada. Ya no se parecía a Avril Lavigne. Se había roto la magia del momento.

Crucé el local, aturdido, bajo la irónica mirada de la mujer, que seguía acodada detrás de la barra, y al salir a la calle me acordé de Mister Obi. No sé explicar porqué, pero presentí algo raro, y eché a correr como si me fuera la vida en ello.

Me detuve en el bar, sin aliento, y nada más verle desde la puerta adiviné que estaba muerto. Sentado en el mismo lugar, con la cabeza sobre el pecho, como si el corazón hubiera renunciado al fin a su obstinado empeño.

- Despierta, Mister Obi -, le dije, consciente de que todo era inútil - ¡Arriba, Mister Obi! - grité, tirándole de la pechera.

- No hay nada que hacer, chaval. ¿No te das cuenta? - me dijo el camarero, sujetándome -. Ha sido sin sentir, mientras veía la tele. Ya las había palmado cuando he querido darme cuenta.

- ¿Y el negro Magadú? - se me ocurrió preguntar, enfurecido, mirando a mi alrededor como si el negro pudiera devolverle la vida a Mister Obi.

- No sé quién dices, chico - respondió el camarero, negando con la cabeza - . Aquí no había nadie.

Un paro cardíaco, dijeron después, lo mejor que le podía pasar, ya quisiéramos todos una muerte como esa. Tú no has tenido la culpa, me consoló mi vieja, ¿qué ibas a hacer? Además, aquí ya no pintaba nada. Es posible, no sé, tal vez hubiera sucedido lo mismo si me hubiera quedado con él, si hubiéramos vuelto a casa, pero muchas veces, desde entonces, he preguntado por el negro Magadú, sin obtener respuesta. Y lo más extraño es que nadie le recuerda.

Me senté allí mismo, en el interior del bar, para esperar la ambulancia que había pedido el camarero, compartiendo el silencio con Mister Obi por última vez. A través de las lágrimas que arrasaban mis ojos miraba pasar la vida, al otro lado de la cristalera. Ávida, como esas chicas que bajaban en nutridos grupos hacia la plaza, maqueadas de sábado por la tarde, embustera, como la dulce boca de Avril Lavigne. Parecía un sábado cualquiera.